



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Pompas y vanidades.



La moda tiende á convertir á la mujer en alcachofa. Empieza usted á quitar hojitas y hojitas y tarda usted veinticuatro horas en llegar al cogollo.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Dicen que dicen, por Eduardo Bustillo.—Mercado artístico, por Eduardo de Palacio.—Cuadrillo en Palacio, por Juan Pérez Zúñiga.—Á doña Fulana, por José Estremera.—Buena personal, por Rafael María Liern.—El placer del tormento, por Sinesio Delgado.—Arrojar la cara importa, por Calixto Navarro.—Hojas clínicas, por Dionisio E. Carretero.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Pompas y vanidades.—Los picaruelos.—Actualidades (cuatro viñetas).—Cuadrillo en Palacio (cuatro viñetas).—El que no se aventura..., por Cilla.



DE TODO UN POCO

Nunca es tarde para la justicia.

Hace quince días que ocurrió la catástrofe de la Plaza de Toros, y viene hoy á hacernos recordar aquel triste suceso D. Cornelio Retinto, suscriptor de nuestro semanario y consecuente pupifero de caballerías mayores y menores.

Con gusto publicamos la carta que nos dirige, sin reformar ninguna de sus frases, por duras que algunas parezcan y por descuidada que resulte en ocasiones la ortografía.

Dice así el documento:

«Señor director

Muy Sr. mío de mi aprecio: Como aficionado á toros, y de los más antiguos en España, me creo en el caso de dirigirme á usted para protestar contra la opinión de alguno que no es buen aficionado, ni español, ni exmilitano nacional ni nada asolutamente. ¿Quién le ha dicho á ese señor que después de la muerte del *Espartero* ha debido suspenderse la corrida? ¿Porqué? ¿Qué razón había para ello?

Los aficionados de verdaz vamos á la plaza á ver todo lo que ocurra, durante la faena sea bueno ó malo, y el privarnos de ver lidiar un toro ú dos, es cometer un abuso muy grande.

Yo he tenido la honrra de ver la cojida y muerte de *Pepete*, la de Canet la de Sacanelles, el picador, y la del *Pollo* y ahora la del *Espartero*, que en paz descansa. En sesenta y cinco años que tengo de edad sólo he perdido una cornada que le dió en el vientre al espada Machío un toro de D. Anastasio, lo cual que estuvo en poco que no le matase; y á aquella corrida no fui yo porque estaba sacramentado y bien que lo he sentido pues los que tenemos afición queremos verlo todo para que no nos lo cuente nadie.

Siempre es de sentir que muera un torero, sobre todo cuando sabe torear y ha dado gusto á la afición; pero de eso á que se suspenda una corrida empezada, va mucha diferencia, porque, señor, es lo que yo digo: la afición tiene derecho á ver lidiar todos los toros, haiga muertes ó no las haiga, y en esto da pruebas la afición de que tiene corage y no es una mujerzuela, porque hay afición ó no lo hay y la afición esige que se maten los toros como Dios manda.

Ahora dicen que el *Espartero* ha debido retirarse á la enfermería cuando recibió el primer varetazo, no señor; su deber, puesto que no había muerto entodavía, era quedarse allí, en la cabeza, hasta consumir la suerte como lo hizo.

¿Á qué va la afición á los toros mayormente? Pues á eso, á ver torear con vergüenza torera y si hay cornadas, que las haiga, y si no, no es tal afición.

Lo mismo mi esposa que un servidor, estuvimos en el 1 y presenciarnos la desgracia; no se nos ocurrió retirarnos, pues hubiera sido una vergüenza. Lo que pasó fué que si habíamos de comernos una miaja de carne que llevábamos, no nos comimos más que la mitad porque mi esposa es débil como toda mujer y además estaba convaleciente de una operación, tanto que se había levantado de la cama para ir á los toros porque supimos que el *Espartero* quería quedar bien y pensaba arrimarse.

En fin, señor diretor; á los aficionados de verdad les ha sorprendido lo respetive á la suspensión de la corrida; y se conoce que el que pide eso no es aficionado ni sabe de toros ni ha visto muertes.

Ahora, para remate de fiesta, vienen unos diputados pidiendo que se suprima el espetáculo nacional, y esto es un escándalo mayor que el otro entodavía. Ni las cortes ni nadie pueden prohibirnos á los aficionados el derecho á las corridas, y másime hoy, que hay pocos toreros de vergüenza y necesitamos que vayan aprendiendo á arrimarse á los toros, porque el que no se arrima no divierte á la afición ni tendrá nunca cornadas.

Y con esto no canso más. Coste mi protesta y la de mi esposa, que se hace solitaria de estas ideas que omito, y queda de usted afetismo seguro servidor,—Cornelio Retinto y Bajonazo.—San Lucas, 93, cuadra.»

El miércoles ha sido obsequiada la prensa periódica con un almuerzo en la Academia de billar, sita en la calle de Carretas, número 6. El dueño de la Academia, Sr. Roa, quiso que conociéramos este notable establecimiento, al frente del cual figuran, en calidad de maestros, dos famosos carambolistas franceses y dos españoles.

La nueva Academia está montada con lujo y ha sido muy bien recibida por los aficionados al noble juego. Con muy pocas lecciones consigue manejar el taco la persona menos hábil.

Allí vimos á D. Sinforoso, hombre torpe de suyo, que había pasado los mejores años de su existencia dando pifias y picando el paño, y hoy hace unas carambolas corridas que causan admiración.

De cuando en cuando suele hacer carambola con la cabeza de algún amigo, como sucedió la otra noche que picó baja una bola y descalabró á su compañero de partida; pero él dice que éstos son incidentes naturales del juego y que en todas partes hay carambola.

MADRID CÓMICO asistió al almuerzo, y estuvo representado por un servidor de ustedes y no se crea que escribimos estas líneas por haber almorzado.

No hay chuleta posible cuando se pretende que faltemos á la verdad; en cambio, una simple media tostada nos predispone al elogio cuando el asunto lo merece; y en esta ocasión, el almuerzo ha sido excelente y la Academia también.

Luis Taboada.

★

Dicen que dicen.

Dicen que, en el año cómico que viene, cosas que no esperan van á ver ustedes.

Dícenme que dice quien saberlo puede y en cosas del arte busca buenas fuentes, que una hermosa dama, de mucho ascendiente en cualquier teatro donde ella se cuele; que, por su figura, es de *rechupete* en tragicomedias, dramas y sainetes, y lo mismo entona los *couplets* franceses que una *gallegada* ó una jota alegre; en su viaje artístico por el Noroeste, á las mismas barbas se subió del jefe, y sus compromisos ha roto con éste, pues, si la hizo reina, no acata sus leyes.

Dicen que estos cómicos dimes y diretes á los dramaturgos ponen en un brete, y las planeadas obras se suspenden,

mientras no haya actrices que las representen.

¿Ya hay otra primera que así, á lo inconsciente, del cómico *capo* derechos pretende?...

Capos serán todas (que el camino es ése) con la moda en martes, con la moda en viernes, con sus jaleadores de todos los jueves en sus *camerinos* ó en sus gabinetes: con *patrón cortado* para sus papeles, y con sus cronistas que se los celebren: con mengua el estudio y el sueldo con creces, y aplausos *in terra* y *gloria in excelsis*.

Lo que dicen digo, nada hay que yo invente; pronto ha de sonarnos todo lo que fuere; y antes de que el río agua ó piedra lleve, muchos desde luego por sonado tienen que, en arte y artistas, traerá más belenes que el año pasado el año que viene.

Eduardo Bustillo.

★

LOS PICARUELOS.



—¡Por Dios, no se moleste usted!

—¿Molestarme? ¡Al contrario! ¡No sabe usted lo que daría yo porque me vieran así los del Círculo!

Mercado artístico.

En todo andamos muy adelantados, no se puede negar; y, particularmente, algunos vivimos en fin de año por lo menos.

Pero en publicaciones periódicas hemos llegado a la meta ó a la Meca ó a la *Muna*.

Aumenta por días el número de periódicos y revistas, y casi todos con «foto-lito-zinco-micografías», bien de escritores y artistas, bien de personas «pudientes» y legas: toda la prensa se vuelve ilustrada.

Retratos «por un punto», paisajes convencionales, grupos de seres insignificantes, planos fantásticos, patrones de monumentos desconocidos; artículos, poesías de nuestros primeros ó de nuestros segundos melocotones, charadas, saltos de caballerías...

El comercio de libros también crece como la espuma, en nuestro país.

Las obras, no de texto precisamente, de fuera del texto, salen a la venta en condiciones inverosímiles de lujo y baratura.

En otros días encontraba el bibliófilo aventurero alguna obra notable, en los baratillos de libros.

Hoy ofrecen al transeunte, en calles y plazuelas, los últimos libros publicados y a precios inexplicables.

¡Qué diferencia entre aquellos libreros de viejo, establecidos ó pegados en las fachadas de algunas iglesias y en los portales de casas de vecindad, y estos que llevan los libros en cesto y los extienden en medio de la calle, como si fueran melones!

Aquellos libreros, con sus pantalones á media pierna, sus medias azules ó negras y sus zapatillas de orillo, su gabán ó levita del teatro antiguo, su gorrita á lo Luis XI ó XII y envueltos en su capotita, en invierno, «hacían su carrera», empezando por ayudantes ó criados de algún otro librero acreditado, que empezó como ellos.

Conocían ediciones y autores, y distinguían, aun al tacto, las

obras latinas de las obras griegas; y sabían apreciar un incunable y un impermeable, como me decía uno de ellos, hoy complicado en Bolsa.

—Ahora—añadía—no hay un librero de esos callejeros que haya visto siquiera una edición notable de las más conocidas. ¿Por qué? Porque nosotros hacíamos la carrera por convicción y por principios. La de librero es un sacerdocio, casi, casi.

—Sí, señor, una «chifladura»—afirmé.

—Eso que usted dice.

Pero yo veo que se ha extendido el comercio de libros, digan lo que quieran los libreros usados.

Hoy se pregona en los sitios céntricos obras que en otro tiempo no se hallaban al alcance de las muchedumbres.

Y se pregona por jóvenes literatos, ó sea vendedores de libros, con suma cortesía internacional; por ejemplo:

—¡*Los tres Mosqueteros*, por don Alejandro Dumas! ¡*Chascarrillos, chistes y aventuras* de Quevedo, ilustrado por Cilla y Mecachis!

Y otro librero ambulante vocea:

—¡Novelas que en la tienda «marcan» tres pesetas, á diez céntimos! *Arrepentimiento y desesperación* de don José Espronceda.

En pintura también se ha roto el molde, como decimos ahora; se ha ensanchado el marco, ó, mejor dicho, se ha suprimido.

Corredores artísticos ofrecen á los concurrentes á los cafés del centro tablas y lienzos, á precios reducidos.

Paisajes, marinas ó mariscas, chulas, toreros, moros y frailes, del natural ó de oído.

Los corredores admiten encargos para cuadros á la medida, y transmiten las peticiones á los artistas.

—Dos paisajes á cuatro pesetas y cuatro cabezas de estudio á tres.

—Un paisaje andaluz, de dos pies de largo por uno de alto, con figuras de la estación ó de la localidad.

Dos ó tres días después, si no al siguiente, se presenta el corredor artístico, en el café ó en el domicilio del parroquiano, con el paisaje andaluz: un recuerdo, aunque remoto, de la Vega de Granada, con algunos moros, unos á pie y otros en dromedarios.

—¡Qué barbaridad!—exclama el comprador, en viendo el cuadro.
 —¡Moros en Granada en nuestros días!
 —Caballero—protesta el agente pictórico,—usted no me indicó la época que le gustaba, y este paisaje es anterior á la reconquista por los Reyes Católicos. ¿Ve usted? Palmeras berbereriscas, chumbas bereberes; todo auténtico y mahometano. Se aspira el Korán en este paisaje.
 —Bueno, pues yo quiero otro paisaje, desde la reconquista hasta nuestros días, ¿sabe usted?—replica «el capitalista».
 El corredor se lleva el lienzo y al siguiente día vuelve con el nuevo paisaje.
 —Ea, aquí está esto. ¿Eh? ¿Y ahora? Con chumbas cristianas y palmeras de Castilla la Vieja. Y no se ve un moro ni por un ojo de la cara.
 Algún *amateur* de dos ó tres pesetas dice al comerciante:
 —Yo compraría esa marina, pero ese pícaro vapor, que parece una zapatilla suiza, me revienta.
 —Pues por eso no lo deje usted—replica el vendedor,—porque si es menester se va á pique enseguida.

Y con suma pulcritud y delicadeza, borra al vapor con sus dedos, dejando en su lugar una ola espumosa.
 —Ahí está.
 —La verdad es que por tres pesetas...
 —¿Qué va usted á pedir? ¡Una marina de escuela de Velázquez! El mercado de los cafés es un alivio para los pintores y para los agentes; como el de libros para los literatos.
 En escultura no hay tanta salida para el género.
 Desde la aparición de los propagandistas de *Santi boniti e bariti*, hasta hoy, no ha mejorado la demanda.
 Nos retratamos ó «se retratan».
 Pero la modestia les impide *estatuarse*.
 ¡Es tan molesto confesar que se ha levantado uno una estatua! Y eso de «levantarse una fotografía» es corriente.
 ¿Quién no se foto?

Eduardo de Palacio.



Actualidades.



—Casi tiene razón el Gobierno, ¡qué porral! ¿Se trata de hacer economías? ¡Pues lo mejor es dar un ascenso á todos los coroneles!



—¿Y á ti qué más te da tener el puesto á este lado ó al otro? ¿Dejaré yo de venir por eso todas las tardes á ¡que me invites á lo que quieras?



—¿Sabes lo que ha hecho el Ayuntamiento? ¡Poner una contribución sobre las máscaras!
 —¡Anda, Dios! Y ¿qué hago yo con la cabeza de lechuza que me compré el año pasado para llamar la atención en la Castellana?



—Ahora es cuando comprendo *La verbena de la Paloma*.
 —¿Por qué?
 —Porque «tengo á todas horas la cabeza tan sudá...»



Cuadradillo en Palacio.

Como quiera que ir á un baile regio es algo más que ir á casa de las de Gómez á oír cantar *La estera confidente*, á bailar media docena de polkas y á comer otros tantos bizcochos de canela, no es cosa rara que ciertos ciudadanos modestos é inexpertos en materia de fiestas palatinas vivan intranquilos y preocupados desde el momento en que su jefe les dice:

—Fulanito, tiene usted que ir al baile de Palacio en representación del archivo de este ministerio. Porque un archivo que no está bien representado en las danzas de Palacio, ni es archivo ni cosa que lo valga.

Muchos deseos tenía mi compañero de oficina D. Telesforo Cuadradillo de asistir á una de esas grandes fiestas. Su jefe, sabedor de ello, le facilitó la realización de aquel capricho, y hé aquí cómo nuestro hombre nos ha contado el caso:

«¡Qué arrepentido estoy—exclamaba—de haber figurado en el número de los asistentes! Después de una lucha encarnizada con mi primo Pepe Chupetón, para que me prestara su frac, á lo cual se resistía, porque otra vez que lo prestó se lo devolvieron con un huevo frito despachurrado en la espalda, logré llevarme la prenda, que, si bien me estaba un poco estrecha, en cambio me venía bastante corta.

¡Y qué corbatita blanca me sacó mi esposa del faldón de la camisa!

Pues bien, con el traje de etiqueta, el pelo rizadísimo, la corbata sacada del faldón, y la botonadura de brillantes que me había comprado mi suegro por catorce reales en la feria de Torrijos, me dirigí á Palacio contento, pero convulso, después de tomar cinco tazas de café puro para no dormirme en el baile.

¡Qué aspecto el de aquella escalera y el de aquellos aposentos lujosísimos, iluminados por innumerables bujías, aromatizados por abundantes flores, y cuajados de raso y encajes, de entorchados y joyas, de colorines y condecoraciones!...

¡Cuántos brazos al aire! ¡Cuántas pantorrillas de caballero patizambo dejando adivinar, á través de nobles calcetas, peronés endebles, resguardados por naturales ó artificiales músculos!

Penetré medio aturdido en aquellas soberbias estancias y no supe qué hacer, si buscar á la Reina Regente para darle una respetuosa palmadita en el hombro y preguntarle por su familia, ó hacerme el tonto paseando por allí hasta que llegase la hora de cenar.

Pedíale á Dios que me deparase una persona conocida con quien hablar; pero el diablo se enteró sin duda de mi deseo, y ¿saben ustedes con quién me hizo tropezar?

Con mi casero, que, vestido de mamarracho, clavó en mí sus anteojos y me dijo:

—Más valiera, señor de Cuadradillo, que en lugar de andar por aquí como un palomino atontado, con ese sol pintado en la espalda del frac, ni más menos que un clown, me pagase usted los ocho meses que me debe.

—Eso no es verdad, señor vizconde—le respondí.

—Tengo en casa los recibos.
—Digo que no es cierto lo del sol pintado.
—Pues está usted siendo la irrisión de todo el mundo.
—Bueno, deje usted que pase lo del buffet y verá usted lo que tardo en escurrirme.

—Lo que usted quiere es escurrirse sin pagarme los alquileres que me adeuda; y si no fuera porque nos están mirando aquellos obispos gordos, ahora mismo le rompía á usted cuatro muelas con la llave de gentilhomme.

Intútil es decir que desde que supe lo del sol en la espalda, quedé pegado á la pared. ¿Qué otra cosa había yo de hacer para ocultar la mancha?

¡Bruto de mí, que, en la oscuridad de la casa del dueño del frac y en mi precipitación al ponérmelo, no advertí que las huellas del huevo subsistían!

Ya no tuve un instante feliz. Me parecía que todas las damas se



sonreían al verme, y hasta un recontralmirante de la Armada, con dos cipreses por patillas, dijo al pasar junto á mí, dirigiéndose á un diputado de la mayoría algo bizco:

—¡Qué hermoso está esto, verdad! ¡Parece que da el sol en esta sala!

Me puse más encendido que el sol auténtico; porque el marino ilustre se burlaba indudablemente de mi huevo frito.

¿Y cómo no, si me había colocado de espaldas á un espejo, sin repararlo?

Empecé á sentir mareos; porque unas veces pasaba junto á mí el ministro que me dejó cesante el año ochenta y cinco, otras veces me miraba el marino guasón, y otras, en fin, se rozaba conmigo alguna dama de seno tan elevado como su estirpe, que, cuando da de perlas, me hacía pensar en mi escualida Tiburcia, en mi *deficiente* esposa, la cual, lejos de disfrutar de semejantes *elevaciones*, anda siempre recosiendo como puede su vestidillo de lana y su capotita, que parece una zapatilla vieja con algas marinas alrededor.

Pretendí distraerme con los acordes de la música, pero fué en vano. Con mi molestia moral vino á complicarse de improviso un dolor de tripas agudísimo, y tuve que abandonar precipitadamente el Real Palacio sin probar bocado y sin haber dicho á la Reina:

—Tenga vuestra majestad muy buenas noches, y cuando venga por ahí el bruto de mi jefe, recomiéndele *usted* mi ascenso; porque si vuestra majestad no le pincha, no es Cuadradillo el que asciende, á no ser que Dios le llame á su santo seno!



¡Pobre Cuadradillo!

Creo que ha jurado no volver á pasar por la plaza de Oriente.

Anoche, dormido y presa de horrible pesadilla, no hacía más que nombrar al casero, al almirante, al sol, al huevo y al demonio, mientras su Tiburcia le pellizcaba diciéndole:

—¡Infame! ¡Ya sé para qué has ido al baile! ¡Para ver de cerca á esa pindonga de coronela de los brazos gordos que vive en la casa de la esquina y te tiene sorbido el seso!

Juan Pérez Zúñiga.

Á DOÑA FULANA

Hermosísima señora
conste que no pongo *mia*
—aunque bien pudiera serlo,
pues que me costó unas Indias,—
porque habrá muchos que iguales
derechos alegarían,
pues vos sois finca de pleitos
y no quiero tales fincas):
Esta mañana temprano
recibí vuestra misiva,
á la que modestamente
llamáis «estas cortas líneas».
¡Cortas decís, cuando en ellas
sois en pedir tan prolija
que, si á complaceros fuese,
iba á quedarme *per istam!*
¡Cortas, cuando ellas, de puro
largas, se pierden de vista
y cuando en vos, según fama,
no hay cortedad conocida!
Decís que está vuestra madre
extenuada y cacoquimia
y que el doctor os ha dicho
que otros aires necesita.
Y es natural; que tal aire
disteis á la hacienda mía,
que seguramente todo
el del barrio gastaríais.
Que ella esté falta de aire

en verdad me maravilla,
cuando quejarse la he oído
de flatos todos los días.
Para esos aires que dice
un fuelle le mandaríais,
si vuestra madre y señora
fuese de vuestra familia;
mas cuentan gentes que saben
de vuestra genealogía
que, como cuanto os adorna,
es esa madre postiza.
Madre de poco momento
que ha cambiado ya más hijas
que vos mudáis de galanes,
que es igual que de camisas.
Madre á quien sus hijas pagan
para ser corta de vista,
y lo que quita á los ojos
luego á las manos lo aplica.
Si ellas cambiasen de estado,
madre se confesaría
aun de las once mil vírgenes,
en que no creyó en su vida.
En eso del parentesco,
pagándola, no se fija
y, según la ocasión, hace
ya de madre, ya de tía.
¡Aire!... ¡Qué mal la conoce
el Galeno que la cuida!

Por camaleón la toma,
cuando es ave de rapiña!
No me pida por su madre
para médico y botica;
pídame para su entierro,

y le mandaré en seguida.

Esto cierto escarmentado
á cierta dama escribía
cuya madre lo era sólo
como lo era Celestina.

José Estremera.

BUENA PERSONA!

—¡Tío, tío!—Aquí estoy ya.
—¡Qué infamia! ¡qué villanía!
—¿Qué tienes, sobrina mía?
—Que me ha pegado mamá.
—¿Mi hermana, dí—Sí, señor.
—¿Y por qué?... ¡Dios la confunda!
—¿Algún cachete?—Una tunda
de las de marca mayor.
¡Ay, tío, qué vapuleo!
¡Qué redoble! ¡Zas, zis, zas!
¡Una costilla no más
se ha librado del solfeo!
Moquetes y... sin recato
—sentiré escandalizarte,—
en salva sea la parte,
desnuda, con un zapato,
una... ¡que ni á los chiquillos!
Tengo los *cuatro* carrillos
que me están echando lumbre.
—Los dos.—Los cuatro.—¡Ya, ya!
Ahora lo advino todo.
¿Qué has hecho, que de ese modo
te ha solfeado mamá?
—Pues mirar por la familia,
ser formal.—¡Vaya un capricho!
—Mamá hace un rato me ha dicho:
«Hay que decidirse, Emilia;
tienes tres novios, y no
quisiera yo que perdieras
la ocasión. ¿A cuál prefieres?
Y entonces le dije yo:
«Si es forzoso decidir,
voy hablarte sin empacho.
Mira, Andrés es un muchacho
como no hay más que pedir.
Su exquisita educación
y su porte distinguido
confieso que han encendido
en amor mi corazón.
Gentileza y juventud
une á un talento probado,
y además es un dechado
de honradez y de virtud.
Tiene un alma generosa,
todo cuanto puede hacer
la dicha de la mujer

que consiga ser su esposa.»
—Me gusta que así lo alabes.
—Y en el Tribunal de Cuentas
tiene ya dos mil quinientas
pesetas de sueldo, ¿sabes?
Y según vale, confío
que ascienda rápidamente.
Es un muchacho excelente,
en fin, una ganga, tío.
Juan, en cambio, es un tunante
Botín, Taurina, cafés...
y sombrero cordobés
juergas, y cañas, y cante.
Siempre de toros—me irrita—
la conversación entabla.
Cuando del *Reverte* no habla,
es para hablar del *Guerrita*.
Tiene fortuna, corriente,
y hasta escudo de nobleza.
¿Que sentará la cabeza?
Pero hasta que no la siente...
El tercero es necio y tonto.
Don Ramiro Pérez Mota,
un vejestorio con gota
que se morirá muy pronto.
Gasta peluca con rizos.
Es un mentecato, un lerdo
reparado del izquierdo
y ¡leva dientes postizos!
Además, es tartajoso.
Tiene—y cada año la aumenta—
veinte mil duros de renta.
¡Pero es lo más asqueroso!
La elección, como tú ves,
no era dudosa. Elegí...
—No digas más, la cogí
al intachable, á tu Andrés.
—No, á don Ramiro.—¿Tú, tú?
—¡Si es tan rico!—Basta, basta—
¡Casta!—¿Qué hace usted?—Ven, Casta!
Mira, toma mi bambú
y renueva el vapuleo...
—¡Tío, por Dios!—¡Chilla, chilla!
Y le rompes... *la costilla*
que se *libró del solfeo!*

Rafael María Siern.

EL PLACER DEL TORMENTO

Esto es amor; quien lo probó lo sabe.
LOPE DE VEGA.

Al rápido fulgor de una mirada
inocente ó audaz, dulce ó traidora,
surge la llamarada
que las entrañas sin piedad devora.
Y por influjo de letal beleño
ríndese el alma, sin luchar vencida,
buscando en las visiones del ensueño
el único objetivo de la vida.
Los deseos ardientes se espolean
con las sospechas de traición y engaño
que en los airados ojos centellean...
Los dolores recrean,
las locas alegrías hacen daño.
La rabia oculta sin razón estalla;
el afán enardece, el ansia ahoga,
el amor propio dominado calla,
y el condenado á los tormentos, halla
goce feroz al apretar la soga.
Celos, desdén, ingratitud, locura,
desilusión, delirio
formas son de la ardiente calentura,
variedad infinita del martirio.

Y ¡dichoso el que sufre de ese modo,
porque eso es el amor, la vida, todo!

Sinesio Delgado.

ARROJAR LA CARA IMPORTA

La gente indignada chilla
y mete la prensa baza
porque *ha quedado* en la plaza
el jefe de una *cuadrilla*,
¡¡Dejó el *bruto* á un hombre tieso
y *nadie* huyó con espanto!!
Pero ¿á qué alarmarse tanto
si van ustedes... á eso;
si á la res que lo hace mal
y no *atiza* una cornada,
piden *tendidos* y *grada*
que la lleven al corral,
y ahora exigen con aplomo
que en el calor de la *brega*,
si sale un bicho que *pega*,
se marche el público?... ¿Cómo?...
Si un piquero remolón
demuestra *ginda* al marrajo,
la plaza le grita en cuajo:
«¡Vaya usted al toro, tumbón!»
¿Si hay capilla donde orar
y enfermería dispuesta,
¿á qué viene la protesta
y el reñir y el censurar?
¿Por qué tanta niña hermosa
no huyó cuando el accidente?
Pues, hombre, precisamente
porque van á ver la cosa.
¿Qué es en sí la diversión
que da tan amargo fruto?
Luchar el hombre y el bruto,
la espada contra el *pión*.
Pues si alguna que otra vez
puede el pitón más que el hierro,
y hay... carne humana, y entierro
sin que tome parte el juez,
no hay para qué hablar horrores
ni discutir de mil modos
porque somos todos, todos,
cómplices y *encubridores*.

Calixto Navarro.



HOJAS CLÍNICAS (1)

I

En cuarenta, se sostiene
la fiebre de Filomena,
por lo que el doctor Arena
á la familia previene

(1) Médicos: no armar belén
con la alusión personal,
que á todos les quiero bien...
cuando no me encuentro mal.

El que no se aventura...



—¡Gracias á Dios que la encuentro sola! Ahora la paro en
seco y de buenas á primeras la digo que si quiere venir este
año á San Sebastián... pagándome el viaje.

llame á un médico de pro,
con el fin de que la ciencia
celebre una conferencia;
y al doctor Cal se llamó.

Dió principio el parlamento
con tal calma que era encanto;
mas se armó la de Lepanto
al hablar de tratamiento.
Cada cual, con su sistema,
no cede al otro una coma;
cada cual cita su axioma;
cada cual tiene su enema.

—Pongan mis enemias frías,
y efectos habrá sensibles.

—Son los míos preferibles.

—Son preferibles los míos.

Y amenaza la tormenta;
la solución no parece;
y ellos firmes en sus trece
y la fiebre en sus cuarenta.

—Enemas de hematosina,
y lo demás es *diana*.

—Enemas de valeriana,
y lo demás es pamplina.

Gracias á Dios, Filomena
resolvió el caso diciendo:

—Todo se arregla, poniendo
dos de Cal y dos de Arena.

II

Consultó Pepito Amores,
buscando alivio á su mal,
á quince ilustres doctores,
los más sabios, los mejores
de la corte celestial.

Y previa la exploración
con sonda y laringoscopio,
hecho el tacto, la presión,
percusión, auscultación
y examen con endoscopio,
Rey diagnosticó «gastritis»,
Duque dijo «reumatismo»,
Marqués «una laringitis»,
Infante «peritonitis»
y Conde «un esofagismo».

Blanco receta un calmante,
Pardo dispone un emético,
Rubio prescribe un purgante,
Moreno un atemperante
y Colorado un diurético.

San Martín le manda á Trillo,
Santa María á Sobrón,
Santa Cruz á Sacedón
y San Millán á Arnedillo
y Santana á Lanjarón.

Y Pepito se halla frito,
pues lo que ha de hacer ignora.
¿Hay un lector ó lectora
que aconseje á don Pepito?

Dionisio E. Carretero.

CHISMES Y CUENTOS.

Los comisionados de las Compañías de ferrocarriles han ido á ver á Cánovas. ¡No podían menos!

Y Cánovas les ha dicho, como era de esperar, que sí, que él está de su parte, que se les debe auxiliar inmediatamente y que cuenten con él para subir las tarifas.

Resulta que la opinión está extraviada; que lo que queremos todos es pagar más por todos conceptos y que nos saquen los redaños con cualquier motivo.

Por si acaso no estuviéramos convencidos de este nuestro deseo, los señores comisionados se apresuran á amenazarnos con la supresión del correo y de la conducción de presos y militares, la elevación de precios y la no admisión de los billetes de Banco; con todas las triquiñuelas, en fin, á que se presten los contratos de concesión.

De lo que no se acuerdan, ni en sueños, es de aquello de la vía doble y las estaciones definitivas, que supongo yo que también constará en los contratos.

Y que no parece sino que está escrito en el agua.

Los concejales, con el santo afán de restablecer el crédito del Ayuntamiento, cosa más difícil de lo que parece, habían pensado establecer un impuesto sobre los serenos.

Por fortuna, la proposición fué desechada y los vigilantes nocturnos se han salvado por esta vez.

Pero ¿á que no saben ustedes por qué se desechó la proposición?

Porque la ilustre corporación cayó á tiempo en la cuenta de que «es notoriamente arbitrario é injusto todo gravamen sobre el *trabajo personal*». Así lo ha reconocido también la prensa de todos matices al dar cuenta del resultado de la votación.

En lo cual estamos conformes, ¿y cómo no?

Pero la gracia está en que hay una partidita en los presupuestos generales del Estado que no ha levantado las protestas de nadie, y que grava en un dos por ciento los sueldos de actores, toreros, pelotaris y empleados en establecimientos de crédito de fundación particular.

Sólo que se conoce que todos esos individuos no trabajan personalmente, sino por medio de delegados.

Así es que cuando ustedes se figuren que Irún da una volea, están ustedes equivocados. Aquél no es Irún, es un obrero que pone allí para explotarle.

Ofendieron tu honor, prenda adorada.
Con tu vil detractor crucé mi espada,
y quedaron, tras fiera acometida,
limpio tu honor y mi nariz partida.

.....
¡Bien la razón de tus desdenes veo!
¡Después del lance me quedé tan feo!

JAVIER AGUIRRE DE VIAR.

Ya ustedes sabrán que ha habido una pequeña irregularidad en el último sorteo de la lotería; irregularidad que *ha dado margen* á que se adjudique dos veces el primer premio de 80.000 pesetas.

Subsanado el error en el acto por la Junta que para el caso tiene atri-

buciones, no se ha podido evitar, sin embargo, que los poseedores del número postergado hayan puesto el grito en el cielo, como es natural.

Lo que no es natural es que la prensa y gran parte del público pidan, para evitar dimes y diretes, que se pague dos veces el premio grande.

Y el razonamiento es chusco:

¿El Gobierno tiene la culpa? ¡Pues que se fastidie el Gobierno!

No parece sino que los ministros van á sacar de su bolsillo particular los 16.000 duros, en vez de cargárselos en cuenta á los contribuyentes.

Yo creo que, puesto que hay mucha gente que cree que eso es de justicia, ese premio de *guagua* debe pagarse á escote entre los partidarios del 11.900.

Porque no es razonable que caiga también sobre los ciudadanos que opinamos de distinta manera.



Lo del precinto en las cajas de cerillas será muy conveniente para evitar el contrabando, pero tiene una contra:

Y es que no puede usted saber la calidad de la mercancía, y tiene usted que callarse cuando le den gato por liebre.

Porque es de advertir que, de vez en cuando, de las cajas de diez céntimos *surgen* unas cerillas amarillentas, pálidas é incombustibles que hacen completamente inútil el sacrificio de la perra.

Y claro está que no puede usted devolverlas después de romper el precinto por no perjudicar al vendedor que no tiene la culpa.

De donde resulta que la venta de fósforos tiene algo de *tómbola*.

Es cuestión de suerte.

Y ya puestos en ese terreno, podía la Compañía arrendataria dedicarse á expender cajas vacías.

Y así tendría una alegría muy grande el comprador que, por casualidad, se encontrara cerillas dentro.



PIRUETAS

Nuestro distinguido amigo D. José Díaz de Quijano ha comenzado á editar una «Biblioteca de autores contemporáneos» que, en forma elegantísima y con elementos de verdadero lujo, irá presentando al público variedad de géneros literarios y de escritores tan acreditados como Galdós, Peña y Goñi, Sepúlveda, Urrecha, Tolosa Latour, Pérez Nieva, Sinesio Delgado, Constantino Gil, Enrique Gaspar, Ortega Munilla y otros de igual ó parecida talla.

El primer tomo de la Biblioteca, titulado *Piruetas* y puesto á la venta desde ayer, consta de artículos y versos de Juan Pérez Zúñiga, cuya popularidad indiscutible y justamente lograda nos excusa de prodigarle elogios que á él, modesto de suyo, no habrían de sonarle bien.

Compren, pues, el flamante libro los aficionados al género puramente cómico, y mediante la corta suma de dos pesetas, gozarán de las genialidades literarias que caracterizan la personalidad de nuestro antiguo y querido compañero.

Las susodichas *Piruetas* podrán sea adquiridas en la casa editorial (Sagasta, 19), en las principales librerías y en la Administración del MADRID CÓMICO.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Feron.—El caso es que, si eso lo hubiera usted firmado, iría en los *Chismes* de este mismo número.

Sr. D. E. de L.—Son incorrectas la mayor parte de las seguidillas. ¿Sabe usted por qué? Porque abusa usted de los versos agudos, cuando no hacen maldita la falta.

Muthurruquer.—Aparte de la índole personalísima del asunto, no maneja usted con mucha soltura el romance.

Cemborian.—¡Santa madre de Dios! ¡Qué mal suenan esos pies quebrados!

Trompo.—No me gusta el soneto,
señor de *Trompo*.
¿Lo rompo ó lo publico?
Vaya, lo rompo.

Sr. D. F. G.—Ese género ya no hace gracia. Hizo demasiada cuando estaba en boga en el teatro.

Pimienta.—El asunto que tuvo la bondad de escoger la señorita es vulgar como el solo. Las suscripciones hechas en Madrid se sirven fuera con sólo pasar aviso oportunamente.

Sr. D. J. R.—Resulta poca ingeniosa la calaverada estudiantil, y por consiguiente inverosímil el miedo del catedrático.

Selegna.—Siento de veras no poder complacerle, pero de esos años quedan, como usted comprenderá, pocos ejemplares disponibles. Y aun de algunos ha habido que hacer segunda edición, á costa de un ojo de la cara.

Suspensio.—Peca de inocente, suponiendo que la inocencia sea pecado. Es de advertir que al verso

«y en ocho días preparo las noventa»

le sobra una sílaba.

Yusuf.—Se entiende á duras penas. Y en cuanto se entiende, se ve que no tiene pizca de gracia.

El 2 de Mayo.—Lo más notable es lo que copio á continuación para que vea usted que le complazco en lo que puedo buenamente:

«Adiós, madre, sin consuelo
me marchó hacia Melilla
para ver á cuántos moros
puedo romper la espinilla.»

Un esparterista.—¿No comprende usted que esas cosas no son propias del MADRID CÓMICO?

Sainete.—Poquito, pero malo.

Del mal el menos.

¡Hay poca gente que haga
cantares buenos!

Kikiriki.—Va el único aprovechable.

Sócrates.—No es posible detallar las incorrecciones, como usted desea, porque costaría menos trabajo contar las estremitas del cielo.

Sr. D. C. P.—No señor, y lo siento verdaderamente.

Sr. D. F. D.—El álbum cuesta veinte pesetas sin encuadernar, que es como puede remitirse á la Habana; encuadernado no lo admiten en Correos, porque pasa de la *talla*.

Un vago.—No estarían mal en cualquier abanico.

Don Hilarión.—Me gusta poco. ¿Que por qué? Porque no dice nada de particular absolutamente. Y ese género ha pasado de moda hace muchos años.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPOSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

MADRID 1894.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º
Teléfono 934.